

833
M.

PQ2625

·E53

V58

V.L

*Prohibida toda traducción y reproducción.
Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

LA VIRGEN DE MARIGNAC

I

En ^olos Pirineos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El 16 de agosto de 1884, un sólido carruaje de camino estaba parado en la avenida que conduce á la Pique en Bagneres de Luchón, delante de la verja de una suntuosa villa, edificada en menos de un año por uno de esos caprichos de millonarió que parecen obrar con la rapidez de una varita de virtudes.

De cuando en cuando los cuatro caballos del landó se impacientaban, sacudiendo los cascabeles delante de la verja, al otro lado de la que un fornido ayuda de cámara, correctamente vestido de negro y ostentando una irreprochable corbata blanca esperaba tambien, paseando distraidamente.

El conjunto de este personaje ofrecia no se qué de extraño, enigmático é insolente, que molestaba, alardeando de la seguridad del hombre que tiene conciencia de su importancia ó del favorito que reina en absoluto en una casa.

Se llamaba Próspero Lagrippe, nombre

imponente, y en verdad gozaba en la casa de una autoridad ilimitada.

El dueño de la casa, el barón Isaac Moisés, le honraba con su confianza.

En el pescante dos cocheros-guías permanecían impassibles ó mejor dicho aburridos; ambos eran jóvenes y vestían de igual modo, con chaquetillas de pana negra y faja encarnada.

La atención se fijaba irresistiblemente en el de más edad, que oscurecía á su compañero.

Con veinticinco ó veintiseis años, cabellos negros, que se agrupaban en caprichosos rizos, grandes ojos expresivos y francos, nariz recta y un hermoso color blanco mate, hubiera podido pasar por la imagen de Apolo sin el orgulloso bigote que sombreaba sus labios rojos.

Ni alto ni bajo, admirablemente proporcionado, debía estar dotado de ese excepcional vigor que resulta de la armonía de las formas.

Su compañero apenas tenía veinte años; esbelto y alegre, respiraba juventud y buen humor, y su parecido con su compañero era tan grande, que se hubiese dicho que tenía los mismos cabellos y las mismas facciones; los dos guías eran primos hermanos.

El mayor se llamaba Juan Dantenac y el mas joven Sebastián Estagnou.

Los Estagnou eran originarios de Pau, la capital de Enrique IV.

Los Dantenac, que eran cuatro herma-

nos, poseían en común la vieja casa de Caubous, cerca de las cimas del Antenac, de donde provenía su nombre sin duda alguna.

La casa de Caubous estaba á la sazón ocupada por una anciana, tía de los Dantenac, que vivía allí sola y retirada.

En el país todos la conocían con el apodo de *La Montañesa*, y ella no atendía á otro nombre.

Sus sobrinos, por los que hubiera dado gustosa la mitad de su sangre, vivían repartidos por diversos sitios.

El mayor, y el más ilustrado de todos, Pedro, había hecho algunos estudios en el Seminario de Tolosa, y luego, no queriendo ordenarse, se había dirigido á París.

Allí tuvo la suerte de entrar en las oficinas de la famosa casa de banca de Moisés, donde se distinguió por su asiduidad para el trabajo y su extraordinaria aptitud para la contabilidad.

El menor de los Dantenac era sargento reenganchado de cazadores de Africa y estaba muy contento con su oficio de soldado.

Miguel, el tercero, tenía una modesta posada en Luchon, en la parte vieja, sobre el camino de S. Aventin, ocupando una de las últimas casas de la avenida de los Suspiros.

Juan, después de haber servido á la Francia en un regimiento de dragones, había pasado á ser guía, oficio lucrativo

por los muchos forasteros que acuden á Luchon atraídos por la espléndida hermosura del país en la temporada de baños.

El más joven de los dos primos se impacientaba esperando.

—Me parece, Juan—le dijo—que los parisienses se burlan de nosotros; ya hace más de una hora que estamos esperando.

—¿Y qué más quieres?—dijo el otro;—¿no te parece mejor estar aquí, á la sombra, que correr por esos caminos tragando polvo?

Y añadió dirigiéndose á uno de los caballos, que se entretenía en morder al otro:

—¡Quieto, *Calesero!*

Y al mismo tiempo le administró con la fusta un soberbio puntazo.

El caballo se estremeció bruscamente, haciendo sonar sus cascabeles, á cuyo ruido aparecieron por fin sobre la escalinata los esperados dueños del hotel.

Los primeros que aparecieron fueron dos jóvenes de veintiocho ó treinta años, vestidos á la última moda, á la manera de hombres de mundo que todo se lo pueden permitir.

Con el cigarro en la boca y la sonrisa en los labios, hablando alegremente, salieron llevando á la mano sus ligeros abrigos forrados de seda y las sombrillas color crema.

El ayuda de cámara se apresuró á re-

coger los abrigos y sombrillas para conducirlos al carruaje, y permaneció luego quieto esperando órdenes.

Los dos jóvenes no avanzaban un paso.

Indudablemente esperaban á alguien y prolongaban su conversación á media voz.

Si su edad era casi la misma, no podría decirse otro tanto de su aspecto, que no podía ser más diferente.

A primera vista se comprendía que no pertenecían á una misma familia.

El de más edad era muy moreno, de pelo intensamente negro, y su aspecto era duro y altanero. Su tez biliosa, su barba espesa y sin lustre, su nariz doblada y su mirada brillante é inquieta, indicaban muy á las claras su origen.

El otro, alegre, de pelo castaño y color claro, nariz fina y levantada, despejada frente y franca mirada, ofrecía una actitud llena de tranquilidad y abandono.

Pero no conviene fiarse de las apariencias.

Rara vez aspecto más delicado y agradable podrá ocultar resentimientos más violentos y un odio más friamente feroz.

Este joven, de cutis blanco y delicado como una señorita, manos aristocráticas, ojos vivos y alegres y labios siempre animados por plácida sonrisa, se llamaba el marqués de Causседé-Rabastens, Huberto sencillamente para sus intimos, como el propio patrón de los cazadores.

Su nombre, uno de los más linajudos del Bearn, lo llevaba con una maravillosa

sencillez, que constituía la esencia de su carácter.

Su compañero, era hijo del propietario del hotel, y se llamaba Jacobo Mosés, barón de nacimiento por la gracia de algún príncipe alemán, como la mayor parte de los banqueros del otro lado del Rhin, que amenazan devorarnos, y era futuro heredero de una de esas fortunas descompasadas que en la industriosa Francia no se conocían hace medio siglo, y que van sucediendo, sin ventaja para nosotros, al feudalismo de otros tiempos, que al menos tenía la ventaja de ser francés.

—¿Adónde iremos?—preguntó el marqués á su amigo.

—No lo sé—contestó el otro.

Y añadió con singular ironía:

—Sin duda, por el lado de Marignac. Mi ilustre padre adora estos parajes.

Caussede sonrió, dándose por entendido, y no insistió.

En el mismo instante un nuevo personaje se dejó ver en la puerta del hotel.

Podría tener de cincuenta y cinco á sesenta años.

Severamente vestido, con una roseta multicolor en el ojal del amplio gabán negro, que le envolvía por completo, delgado y nervioso, de talla media y frente surcada por profundas arrugas, en que se reflejaban las más intensas pasiones, su aspecto era, á la vez, extraño é imponente.

Había en aquella cabeza un hábito del

mando y una tan manifiesta autoridad, que impresionaban.

Quizá el sentimiento de debilidad que se experimentaba en su presencia, provenía de la idea del inmenso poder que su fortuna evocaba.

Este hombre era el barón Isaac Mosés en persona.

—Vamos, señores—dijo con acento alemán, que no había podido hacer desaparecer después de veinticinco años de permanencia en París—nos vamos.

—¿Hacia donde?—preguntó Caussede maliciosamente.

—Hacia Saint Beat; Marignac y Astos—contestó el barón afectando indiferencia.

—Cuando yo te decía—dijo el marqués, volviéndose á su compañero que se encogía de hombros.

Al nombre de Astos, el rostro del guía Juan Dantenac, se iluminó con un fugitivo resplandor.

Mientras tanto, el normando abría la portezuela del carruaje.

El viejo barón le dijo rápidamente:

—No te marches, esta tarde tengo necesidad de hablarte.

—Juan—dijo á su vez Caussede al conductor—por donde usted quiera, pero queremos ir hacia Marignac. ¿Comprende usted?

Juan Dantenac contestó afirmativamente con la cabeza.

Los cuatro caballos, diestramente con-

ducidos, arrastraron el carruaje bajo los altos álamos y ganaron en un instante la avenida de Etigny.

Los paseantes, que eran numerosos, se apartaban formando grupos, y de todas partes se escuchaba un mismo grito de admiración y de envidia. ¡El barón! ¡el barón! ¡Mosés! ¡Mosés!

II

Huérfanas

A la salida de Marignac, frente á Saint-Beat, célebre por sus canteras de mármol blanco, rival del de Carrara, puede verse una casa aislada, edificada cerca de la carretera, de la que solo está separada por un pequeño jardín, coquetonamente cuidado.

Aquel sitio se llama Astos, y esta casa, bastante modesta, fué construida por el capitán Soubére, retirado después de los acontecimientos de 1870.

Los Soubére eran primos de los Dantenac, y no eran mucho más ricos que ellos.

El parentesco entre las dos familias no era muy remoto, pues la abuela del capitán había sido una Dantenac.

De todos modos, la amistad que enlazaba las dos familias valía bastante más que el parentesco.

El capitán, gravemente herido en Rezonville, no había logrado verse completamente sano de esta herida; viudo en el

año 1875, murió en 1880, dejando á sus hijas, muy jóvenes entonces, al cuidado de una hermana suya, la tía Julia, y por todo patrimonio aquella casa y un pequeño despacho de tabaco que las producía algunos centenares de francos al año.

El despacho existe todavía cerca de la iglesia y á tres ó cuatrocientos metros de la casa.

Era un pequeño kiosko de madera bastante bonito, donde las dos hermanas permanecían durante el día, mientras su tía se ocupaba de los quehaceres domésticos.

Excepto en la estación de baños en que los forasteros acudían al kiosko con frecuencia, atraídos, necesario es decirlo, por la gracia de las dos jóvenes, y sobre todo por la reputación de belleza de la menor, Benedetta, el despacho nunca se veía muy frecuentado.

La mayor de las dos, Marieta, despier-ta y viva, siempre alegre, llenaba la casa con sus canciones é iluminaba su pobreza con el resplandor de su sonrisa. Físicamente era morena, de abundantes cabellos, mirada franca, boca pequeña y graciosa, con encantadores hoyuelos en su redonda barba y en sus delicadas mejillas; de una belleza algo picante, era capaz de hacer despertar el apetito del más gastado vividor.

Pero la maravilla, la obra maestra, era la otra, la menor, Benedetta, la que los parisienses, asombrados de su belleza

casi celestial, designaban con el nombre de la Virgen de Marignac.

Benedetta era el encanto de los ojos, el ideal de los sueños, la flor desconocida y misteriosa que nadie hasta entonces había podido encontrar, con colores tan suaves y matices tan delicados, que parecía que un simple suspiro bastaría para empañarla.

Era rubia, con grandes ojos negros, soñadores, que alumbraban con sus destellos un rostro pálido, en el que la menor emoción hacía aparecer fugitivas rosas...

El amor, este encanto de la vida, ¿no florecerá mejor, sobre las verdes praderas, y bajo un cielo puro y diáfano, que sobre el sucio asfalto de las grandes ciudades? ¡Oh, el amor! ¡tesoro sin el que la riqueza es fantasma vano!

Ya germinaba en el corazón de Benedetta, tranquilo, limpio como el agua que mana entre las rocas, ¡y en verdad que el sueño de la casta joven era bien sencillo, sus aspiraciones bien modestas!

Pero tanta dicha estaba amenazada y la tía Julia aun desvelándose por la felicidad de sus dos encantadoras huérfanas no podía adivinar el peligro.

Se acercaba soberbio, en carruaje, muellemente reclinado en lujosos almohadones, y Juan Dantenac en persona, le conducía.

¡Ah, si Juan lo hubiera ¡siquiera sospechado!

Dirigía sus cuatro caballos por el camino de Saint-Beat, y el corazón le saltaba en el pecho pensando que el ruido de los cascabeles haría salir á su puerta á Benedetta, cuando de pronto sintió un estremecimiento como si una avalancha de nieve se precipitara sobre su cabeza.

Era la voz del barón Isaac que mandaba:

—¡A la estación!

Porque hay que decirlo todo

¡El progreso no respeta nada!

En Marignac, había una estación. La locomotora silba en las estrechas gargantas de los Pirineos, los rails atrevidos profanan sus floridas laderas, escalan sus pendientes y salvan sin respeto alguno sus sagrados torrentes.

Es un verdadero desastre.

¡A la estación! ¿Qué idea le había dado al viejo? Esto es lo que Juan Dantenac se preguntaba desde su asiento.

Pero era necesario obedecer.

La estación está mucho más baja que el pueblo. Los cuatro caballos abandonaron el camino de Saint-Beat, y volviendo á la izquierda se alejaron de la bienaventurada casa en la que el guía esperaba tener tan encantadora aparición, y á la que se veía obligado á renunciar por el momento.

Es muy penoso á veces el cumplimiento del deber.

La estación de Marignac se parece muy poco á la de París.

Es una pequeña aunque bonita cons-

construcción, enfrente de la que una pobre posada albergaba hasta una docena de parroquianos que esperaban bebiendo el paso del tren.

El barón y sus compañeros bajaron del coche.

—Deje usted descansar á los caballos durante una hora,—dijo dirigiéndose á Dantenac—y espere á que volvamos.

—Mal negocio,—dijo Estagnou, compadeciendo á su primo—pero si quieres puedes largarte, aquí quedo yo.

A todo esto los tres viajeros se alejaban á través de los campos.

Siguieron un sendero que serpenteaba largo trecho y remontando bruscamente un ribazo á la derecha, se acercaron á las casas del pueblo.

La primera que encontraban en su camino era la del capitán Soubére.

En el momento en que se acercaban, el barón Isaac tuvo la alegría de ver en una ventana, entre las flores que adornaban los tiestos de marmol, regalo de Rabastoul, uno de sus buenos amigos, á Marieta Soubére en traje de casa, envuelta en un ligero peinador, peinándose descuidadamente,

Con la espalda vuelta y los brazos graciosamente arqueados sobre su cabeza, arreglaba sus hermosos cabellos dejando ver su frente mate y sus cejas admirablemente arqueadas.

Causséde lanzó un suspiro de codicia.

—¡Quién pudiera coger esa hermosa

flor!—murmuró.—Si tuviera que escoger entre esta y la otra, me vería perplejo.

—Pues la elección no es dudosa — dijo Jacobo Mosés,—la más joven es una verdadera maravilla.

El bearnés se había sentado tranquilamente en un poste, bajo un tilo que le libraba de que pudiera distinguirlo Marieta.

La joven cantaba con alegría una bonita canción.

Causséde la escuchaba con admiración y Jacobo Mosés distraidamente.

Cuando Marieta dejó de cantar, los jóvenes se volvieron.

El viejo Mosés había desaparecido.

Causséde le distinguió á lo lejos, que caminaba rápidamente hacia la iglesia.

—Vaya—pensó con estraña expresión en la mirada—sé á dónde vas, y por mi, podeis los dos, el padre y el hijo, caer por un precipicio, que seguramente no seré yo el que os detenga.

El barón Isaac seguramente no se acordaba de él.

En aquel momento llegaba á dos pasos del kiosco de tabaco.

III

Benedetta.

Era el kiosco una construcción elegante, á manera de chalet, rodeado de un pequeño jardín cubierto de rosales, dalias